

- DELIA POEY y VIRGIL SUÁREZ, ed, *Iguana Dreams: New Latino Fiction*. New York: Harper Perennial, 1992.
- MARC ZIMMERMAN, *U.S. Latino Literature: An Essay and Annotated Bibliography*. Chicago: March/Abrazo Press, 1992.
- HAROLD AUGENBRAUM e ILÁN STAVANS, ed., *Growing Up Latino: Memoirs and Stories*. New York: Houghton Mifflin Company, 1993.

Con la publicación de estas dos antologías y del ensayo crítico de Marc Zimmerman incluido en *U.S. Latino Literature: An Essay and Annotated Bibliography*, la literatura producida por autores de descendencia hispana en los Estados Unidos se consolida como un campo de investigación literaria independiente y en expansión. Estas tres obras ofrecen al recién llegado la oportunidad de adentrarse en una problemática cultural de gran actualidad y con importantes implicaciones para el crítico de temas latinoamericanos interesado en la redefinición del canon literario desde la perspectiva de la transculturación o la heterogeneidad. Las antologías, centradas en el campo de la narrativa, reúnen por primera vez en un mismo volumen las obras de autores consagrados dentro del género así como la más reciente producción de las nuevas generaciones. El ensayo de Zimmerman sirve de complemento a la lectura de estas obras de creación. Acompañado por una pormenorizada bibliografía sobre el tema, este breve pero denso ensayo nos ofrece una acertada panorámica del campo, a la vez que sugiere caminos al investigador para encuadrar el estudio de la literatura hispano-norteamericana dentro del actual debate sobre posmodernidad e identidad cultural que absorbe la atención de los críticos a ambos lados de la frontera.

La lectura de estas tres obras nos enfrenta en principio a un problema de terminología que hunde sus raíces en una compleja problemática de identidad política y cultural. Tanto las antologías como el ensayo exhiben en sus títulos el término “latino”, palabra que designa una experiencia socio-cultural común a todos los emigrantes procedentes de países latinoamericanos. El término “latino”, propone Zimmerman, revaloriza la experiencia de mestizaje que el emigrante aporta a la cultura norteamericana al enfatizar el legado africano e indígena del latinoamericano. El término “hispano”, por el contrario, privilegia el pasado español y europeo de su equipaje cultural y, dentro de un contexto político más amplio, pasa a identificar un proyecto social de corte conservador y tintes pro-asimilacionistas. El

término “latino”, tal y como es usado por los autores de estas tres obras, evoca una actitud de resistencia a la identificación con la norma cultural angloamericana dominante en los EE.UU. Para Zimmerman, en concreto, esta actitud de resistencia estará inextricablemente unida al mayoritario perfil obrero y popular de las masas hispanas en este país.

Lo latino, entendido ahora como categoría aplicada al análisis literario, se propone en las tres obras como una alternativa a previos modelos de interpretación. Antes de la publicación de estos trabajos, la literatura hispano-norteamericana solía comprender tres áreas de investigación independientes y definidas en relación a los tres grupos mayoritarios que conforman el espectro social hispano en los EE.UU: los mexicano-americanos o chicanos, los puertorriqueños y los cubano-americanos. A la hora de organizar su material, las antologías que reseñamos rechazan este modelo tripartito, en parte para poder incluir las obras de autores que no pertenecen a ninguno de los tres grupos especificados y, en parte, para proponer una lectura que busque puntos de contraste y comparación más allá del origen nacional de los autores. De hecho, la antología editada por Delia Poey y Virgil Suárez no sigue ningún criterio específico de clasificación y se limita a acompañar los relatos seleccionados con una fotografía del autor y una breve introducción sobre su obra publicada. Según palabras de los editores en la introducción, se trata de ofrecer al público la más reciente producción cuantitativa de un grupo de autores unidos por su habilidad para pensar y expresarse en dos lenguas. Es necesario destacar ahora que todas las obras incluidas en estas dos antologías están escritas en inglés aunque, dentro de su monolingüismo, se observan tendencias a la experimentación que varían de un autor a otro. Algunos escritores limitan el español al uso de nombres propios y expresiones coloquiales insertadas en el diálogo de los personajes. Otros, como la chicana Gloria Anzaldúa, van más allá de la caracterización realista y mezclan directamente el inglés de la narración con párrafos, frases y expresiones pensadas en español. La obra de Anzaldúa reivindica el estatuto poético de la lengua del mestizaje chicano, al mismo tiempo que re-crea un universo intercultural sólo accesible para aquellos que conocen ambos idiomas.

*Growing Up Latino*, por su parte, clasifica por temas las obras seleccionadas y acompaña las lecturas con una breve bibliografía. La propia antología se construye sobre la visión de la literatura latina como una literatura en fase de crecimiento y, como tal, dominada por el relato de tono personal e introspectivo. Dentro de esta narrativa de claros rasgos autobiográficos, los editores distinguen tres áreas de tematización. La primera, denominada genéricamente “Imagining the Family,” incluye relatos que de un modo u otro exploran el entorno familiar hispano como algo ajeno a las nuevas experiencias vividas por una segunda o tercera generación de escritores que dominan el inglés y se educan en escuelas públicas norteamericanas. Destaca en este grupo el relato de la dominicana Julia Álvarez (“Daughter of Invention”), en el que Yoyo García, *alter ego* de la propia escritora, descubre que la afirmación de su nueva identidad mestiza entra en conflicto tanto con la cultura hispana del padre como con la cultura angloparlante de su país de adopción. La segunda sección, “Gringolandia,” recrea experiencias de discriminación racial en contextos rurales y urbanos, añadiendo a estos tradicionales testimonios de denuncia una autocritica de la problemática relación del hispano con otras minorías étnicas. El relato de la conocida escritora nuyoricense, Nicholasa Mohr (“Mr. Mendelsohn”) plantea la necesidad de superar este tipo de conflictos

raciales. A través de los Suárez, una familia de Puerto Rico que comparte la comida dominical con un anciano y solitario judío, la escritora presenta una imagen positiva y solidaria del latino, dentro de un contexto urbano que va haciendo cada vez más difícil las relaciones personales y de familia. En la tercera parte, "Songs of Self-Discovery," se incluyen relatos que indagan en temas universales tales como la muerte o la soledad, pero desde puntos de vista claramente determinados por la experiencia socio-cultural propia del latino. Obras como "People Should Not Die in June in South Texas," de la escritora Gloria Anzaldúa, recrean el rito funerario mexicano a través de los ojos de una niña que espera en vano que las oraciones y el luto de la madre le devuelvan al padre de la muerte.

El concepto de latinidad es, en opinión de Zimmerman, una construcción artificial que permite sistematizar el estudio de una literatura que refleja experiencias socio-culturales diversas. Sin embargo, el uso de lo latino como una perspectiva unificadora requiere cierta cautela por parte del crítico, ya que la realidad nos presenta un panorama diversificado por la adhesión a distintos ideales regionales, diferentes trayectorias históricas y contradictorias aspiraciones de clase. La literatura mexicano-americana o chicana, por ejemplo, forma parte de una antigua tradición cultural desarrollada en el Suroeste de los EE.UU. sobre la base de la herencia mestiza indígena-española. Tras distintas oleadas migratorias, este legado cultural se extiende de manera más o menos uniforme por todo el territorio norteamericano y comienza a transformarse en el contexto de nuevas situaciones sociales. Dentro del propio grupo mexicano-americano encontramos además diferencias entre los emigrantes recién llegados a las grandes urbes y las familias de Nuevo México o Arizona, que remontan su linaje a las primeras colonizaciones hispanas. La propia palabra "chicano" es motivo de discusión, pues se asocia con un proyecto político independentista surgido en los años sesenta que los sectores sociales más conservadores no sienten como representativo de todo el grupo.

La literatura puertorriqueña, como discurso diferenciable de la literatura escrita en la isla por autores de lengua española, es un fenómeno más reciente. Pese a que la emigración puertorriqueña al continente se da de forma continua a lo largo del siglo XIX, es en el siglo XX cuando el mayor contingente de emigrantes se desplaza a este país, concentrándose principalmente en grandes urbes como Nueva York y Chicago. Según Zimmerman, el puertorriqueño recrea en su literatura una experiencia de diáspora que le lleva a adoptar una de dos posiciones extremas: la mitificación de la isla como el paraíso perdido o el rechazo del sentimiento nostálgico y la búsqueda de modelos culturales alternativos. A diferencia del intelectual mexicano-americano, el puertorriqueño no tiene en el continente un lugar geográfico que lo identifique y tiende por ello a inscribir su identidad cultural en modelos supranacionales que lo hermanan con otras minorías en los EE.UU. y Latinoamérica (el caribeño, afro-antillano, afro-americano, etc.).

El grupo cubano, por el contrario, presenta un perfil social claramente diferenciable del mexicano y del puertorriqueño. El cubano que se asienta en las costas de la Florida pertenece generalmente a la clase media alta y llega a los EE.UU. después de la Revolución del 1959. Las primeras manifestaciones literarias de este grupo se producen en español y se encuadran dentro del contexto de una literatura anti-castrista que también se desarrolla en otros países europeos y latinoamericanos. La antología editada por Poey y Suárez nos ofrece por primera

vez la posibilidad de leer las obras de una segunda generación de cubanos que comienzan a sentir la isla como una borrosa presencia del pasado, y no como una posibilidad de retorno en un futuro más o menos cercano.

El concepto de "literatura latina" queda así ligado a la obra de una segunda y tercera generación de escritores que hacen de la crítica a los modelos de comportamiento social y cultural de sus padres un motivo central de su reflexión artística. Aunque ninguna de las antologías que reseñamos nos ofrece una panorámica de la evolución de la tradición narrativa latina desde sus orígenes, la antología editada por Augenbraum y Stavans nos permite atisbar en el pasado literario de los jóvenes autores seleccionados, al incluir cuentos y fragmentos de novelas publicadas con anterioridad a los años ochenta y noventa. El pasaje extraído de *The Autobiography of Brown Buffalo* (1972), del misteriosamente desaparecido abogado chicano Oscar "Zeta" Acosta, y el relato de Jesús Colón, escritor puertorriqueño y activista del American Labor Party durante los años setenta, representan un primer momento de la literatura latina caracterizado por su tono de denuncia y por la búsqueda de una identidad cultural colectiva que respaldara los diferentes proyectos políticos de sus autores. La obras incluidas en *Iguana Dreams* son, en su mayoría, primicias editoriales de autores poco conocidos (Wasabi Kanastoga, Cecilia Milanés), de autores que acaban de publicar su primera novela (Julia Álvarez, Cristina García) o de figuras consagradas dentro del campo (José Antonio Villareal, Rolando Hinojosa, Ed Vega, Elías Miguel Muñoz, etc.). En la joven obra de estos autores encontramos una desaparición del tono panfletario que caracterizara a la literatura de la generación del los años sesenta y una actualización de los problemas que preocuparon a aquella década. Relatos como "On Francisco el Penitente's First Becoming a Santero and Thereby Sealing His Fate," de Ana Castillo, recrean la crisis de valores morales y políticos provocada por la Guerra del Vietnam y nos presentan personajes desarraigados que encuentran en el retorno a las creencias religiosas de su herencia mestiza respuestas al vacío existencial. Otros nos muestran a sus protagonistas atrapados en un imposible sueño de retorno a la lejana patria, pero sustituyen el tono angustioso y solemne de los escritores de la generación anterior por un aire narrativo desenfadado y humorístico. Por último, en relatos como "Blizzard", de Mary Helen Ponce, la afirmación étnica de la protagonista queda en un segundo plano de interés; el tono épico de la literatura política de los sesenta pierde su dimensión colectiva y sirve ahora para describir los avatares de una joven profesora de la Universidad de Nuevo México tratando de volver a su casa en un día de tormenta.

Más segura de su identidad, la obra de las nuevas generaciones problematiza los valores de su herencia cultural hispana. Quizá sea en el campo de la creación femenina donde esta tendencia a la autocrítica produzca sus frutos más polémicos e interesantes. Uno de los aspectos que más llama la atención del lector al aproximarse a estas antologías es la cantidad de mujeres que han saltado a la arena de la creación literaria en los últimos veinte años. La obra de Sandra Cisneros, Denise Chávez, Julia Álvarez o Gloria Anzaldúa representa un claro desafío al maniqueísmo con el que se solía presentar el conflicto racial latino-norteamericano. En los cuentos de estas autoras, ya no se presenta una imagen unívoca del anglo como opresor sino que se critica al hombre, en general, y al macho latino, en particular, por su papel como perpetuador de un injusto sistema de explotación patriarcal. Las escritoras de descendencia latinoamericana participan

así en un delicado juego de afirmación cultural en el que se combina la reivindicación étnica con la desmitificación de uno de los pilares centrales de la imagen nacionalista: la del héroe callejero o revolucionario que la literatura y la cultura popular nos ha presentado hasta ahora como único protagonista de la historia latina. Tal y como sugiere Zimmerman, las reivindicaciones de estas feministas plantean directamente la necesidad de construir una identidad latina pan-étnica, pues al demandar la transformación de ciertos comportamientos y estereotipos culturales que las excluyen, insertan su lucha dentro de un programa de acción que busca alianzas fuera de sus fronteras.

La lectura conjunta de ambas antologías nos permite por tanto observar la evolución reciente de una tradición literaria que, en su paso por los noventa, se pluraliza en una diversidad de reivindicaciones políticas, sexuales y culturales. En este sentido, Zimmerman ve la literatura latina como un producto de la era posmoderna, como una práctica cultural que ofrece una alternativa heterogénea a la pretendida homogeneidad cultural y política del imaginario nacional. Zimmerman, en concreto, inserta su visión de la heterogeneidad en el contexto de un análisis histórico de los fenómenos culturales contemporáneos, y ve este viraje del intelectual hispano hacia la latinidad como un intento de desechar aquellos aspectos de su cultura (regionalismo, machismo, racismo, etc.) que obstaculizan la necesaria unidad para una acción política efectiva. Zimmerman entiende heterogeneidad no sólo como desafío al concepto de literatura nacional desde una perspectiva pluricultural. Al mostrar la literatura latina como manifestación de una larga tradición de resistencia a la asimilación, la heterogeneidad parece definirse como antítesis de la opresión, y pasa a formar parte de un amplio proyecto de transformación de las estructuras socio-políticas dominantes.

Concluamos, por tanto, que la narrativa latina contemporánea es parte de una tradición literaria consolidada y no un fenómeno epidérmico de la literatura norteamericana o latinoamericana. Por situarse entre dos universos culturales, esta tradición literaria adopta un papel crítico y transformador de los valores culturales dominantes en ambos mundos. La variedad de respuestas que las obras seleccionadas ofrecen a las preguntas planteadas en esta autocrítica son signo de que no podemos someter el fenómeno cultural latino a interpretaciones totalizantes fundamentadas sobre el origen nacional de los autores o sobre la lengua en que éstos se expresan. La lectura de estas tres obras urge al lector a ver la literatura como el espacio simbólico de una continua negociación de identidades político-culturales y demanda del crítico que sus herramientas interpretativas sean capaces de dar cuenta de fenómenos que están cruzando constantemente las arbitrarias fronteras de la nación.